

Enrique Molina

Discurso de agradecimiento



He sido objeto en estos días con motivo de mi retiro de la enseñanza del Estado de manifestaciones tan brillantes y afectuosas que me han emocionado con una intensidad que no había experimentado en mi vida.

He pasado horas de simpático y expansivo compañerismo invitado por los profesores de la Escuela Anexa y empleados administrativos del Liceo, manifestación que me fué ofrecida en términos conmovedores por mi inteligente colaborador en la Secretaría del establecimiento y leal amigo el profesor don Sirinio Saavedra.

He asistido a un amenísimo acto teatral organizado también por los profesores de la Escuela Anexa con el concurso de sus pequeños alumnos que se desempeñaron como bien preparados artistas y contando además con la cooperación de encantadoras niñas del Liceo Carmela R. de Espinoza.

El Club Rotario, me honró dedicándome su sesión semanal del sábado último, ofrecida en los más benévo-

los términos por mi distinguido ex discípulo y amigo, su presidente don Manuel Maldonado.

Tanto la prensa de la capital como la de esta ciudad, ha emitido en estas circunstancias juicios tan favorables que constituyen para mí un galardón superior a cuanto podía esperar.

Ahora esta magnífica y solemne velada, que han organizado mis amigos y compañeros de los Cursos de Humanidades del Liceo. Y en esta ocasión ser objeto de la palabra elocuente, impecable en la forma, ardiente y maciza en el fondo, de mi gran amigo, el inspirado y hábil poeta y profesor don Félix Armando Núñez, palabras que han sido el ropaje de conceptos elogiosos, de los cuales bien pudiera ser digno si se miran los afectos que mi pecho abriga, pero no por los méritos que esos conceptos suponen. Escuchar aún la palabra emocionada y sentida del aventajado alumno don Jorge Moore. Todavía me habéis hecho hoy mismo el obsequio de una bella obra de arte presentada con el mensaje de una oración de forma exquisita pronunciada por mi amigo el culto y talentoso profesor, don Carlos Martínez Toledo. Al agradecerla particularmente os dije que ese hermoso busto de mujer, me acompañaría siempre al lado de mis libros y que en su dulce silencio, invitador al estudio, me hablaría sin cesar de vosotros.

De sobra comprenderéis que todo esto significa la saturación del alma con sentimientos de la más optimista placidez.

Pero no vayáis a creer que la enumeración que acabo de apuntar, obedece al más leve motivo de vanidad. ¡Ah, no! En cada momento me he venido preguntando: ¿Qué he hecho yo para merecer estas cariñosas muestras de adhesión? ¿De qué suerte agradecerlas debidamente? Y como una necesidad imperiosa de mi emoción tengo que repetirles a algunos y expresarles a otros por primera vez cuán honda es, cuán duradera será mi gratitud.

De ordinario el pasado de la propia vida se encoge como una línea insignificante para dejar todo el espacio de la conciencia a la expansión de las preocupaciones del presente.

Las palabras y actos de que he sido objeto han obrado en estos días como espejos de aumento al efecto de cuyo calor y luz mi pasado se ha desentumecido y ha cobrado volumen ante mis ojos. Ha sido como un testigo que he llamado a declarar en este juicio que yo mismo me he abierto para ver si soy acreedor a lo que estoy recibiendo.

Vosotros sabéis que el Instituto Pedagógico fué fundado para formar profesores de enseñanza secundaria. Los alumnos del primer curso de dicho Instituto, salimos a fines de 1892, para llevar a cabo una reforma trascendental en esa rama de la enseñanza pública. Nos llamaron entonces los concéntricos por el nombre y peculiaridades del plan de estudio que se iba a implantar y que en sus líneas básicas ha continuado hasta ahora.

Los liceos se encontraban por lo general, en un estado deplorable. Los profesores eran todos aficionados. Para profesor de castellano, historia o filosofía, se buscaba a un abogado; para que enseñara ciencias naturales a un médico, como maestros de lenguas vivas a extranjeros de la respectiva nacionalidad. Rectores eran personajes de influyente situación social o política, sin especial preparación pedagógica. Sin embargo, solía darse el caso en una y otra categoría de rectores y profesores sobresalientes por su competencia y dedicación.

También la difusión por el país de profesores titulares contribuyó a que muchos que tenían condiciones ingénitas de educadores, llegaran sin seguir los cursos del Pedagógico a ser maestros distinguidísimos.

El ambiente moral de los liceos, como asimismo sus edificios, instalaciones y material de enseñanza dejaban también bastante que desear. La opinión pública estaba menos preparada, se interesaba menos por las cuestiones educacionales y no eran tan exigente en sus juicios como en nuestros días. Entonces se mantenían incólumes, a pesar de sus graves defectos, liceos que hoy habrían sido barridos por la condenación general.

Aquel momento fué una encrucijada decisiva en mi vida. Resolví consagrarme por completo al magisterio y al estudio y no a la abogacía, cuyos cursos estaba por terminar. Pensé que nuestro país necesitaba más profesores que abogados y no quería ser profesor a medias. Quien sabe si mi resolución no fué otra cosa que la

obra de un instinto salvador que, dada mi falta de aptitudes, me libró de ser un mal abogado.

Pero no quería ser dómine.

No me tentaba la técnica de la enseñanza y de algunos defectos que de esto se derivan, no me he corregido nunca. Me atraía la comunicación de las almas, el fuego que en ellas se enciende, tanto en el maestro, como en los discípulos, las simpatías mutuas que se despiertan al calor de la obra educativa.

Siempre me acerqué a mis discípulos con espíritu de comprensión y cariño. Me explicaba y perdonaba interiormente sus faltas, corrigiéndolas sólo para que de su carácter no estuviese ausente la disciplina, sin la cual ningún hombre puede llevar una vida digna ni servir a la sociedad. Los consideraba fuerzas en potencia que había que cultivar. Innumerables han sido las veces que he tenido yo más confianza en su porvenir que ellos mismos, y he despertado las energías del Lázaro que dormía en sus almas. Pero qué tarea tan bien recompensada es ésta tanto en el momento que se toca el resorte eficaz de voluntades adolescentes por el placer íntimo que ello procura, como más tarde con la flor espontánea del reconocimiento de los jóvenes.

Hace más de treinta años sintetizaba lo que había venido poniendo en práctica en las siguientes palabras: «Es indudable que para que la tarea de un profesor sea provechosa, influyen más que una serie de máximas sobre procedimientos técnicos el concepto general de la vida que él tenga, una elevada idea de su misión y un

sentimiento profundo de lo que le corresponde hacer en la sociedad».

Digamos: darle a la vida un alto y vigoroso sentido moral. Cómo se prestan las clases de historia y filosofía para esta labor de afirmar valores y de sugerir ideales. La clase, sin la obsesión del programa exorbitante que urge embutir en la cabeza de los alumnos y sin hacer de ella una caza de muchachos que ignoran sus tareas, es una hora de deliciosa y fecunda expansión espiritual.

Aunque no se pretenda llegar a las cumbres del heroísmo ni de la santidad, entona el alma compenetrarse con los héroes, santos y grandes hombres que han tenido el carácter de dar a su vida un sentido de actividad creadora, de abnegación, en favor de una idea, de la patria o de la humanidad.

Las leyendas heroicas de la Grecia nos brindan su lección de valor consagrado al servicio social.

Es saludable convivir el sacrificio de Sócrates por defender su libertad de juzgar y mantener la consecuencia en sus doctrinas.

Siempre es grato repetir las palabras aladas de Jesús.

Los estoicos nos enseñan a conservar la serenidad del ánimo y el indispensable dominio de sí mismo.

Hacemos con los puritanos ingleses el esforzado viaje de la *Mayflower* a la América del Norte para asegurar la libertad de conciencia.

Llegamos transidos de admiración a las orillas del

Delaware con los cuáqueros de Guillermo Penn, que practican en verdad el evangelio de la fraternidad humana, y para colonizar no disparan un tiro, sino que les compran a los indios los terrenos que necesitan, y los indios dicen: «Seremos eternamente amigos de estos hombres hermanos que no ejercitan la violencia».

El espíritu de empresa, de resistencia y de sacrificio de los conquistadores españoles es como una semilla arrojada en la tierra del Nuevo Mundo que rebrota poderosa en los héroes creadores de la independencia americana.

Es glorioso morir como Lincoln por haber abolido la esclavitud.

Y cuánto héroe, cuánto sabio y artista, cuánto inventor más. Desde el Cid a Cervantes, desde Juana de Arco a Zola, desde Gutenberg a Goethe, desde Miguel Angel a Marconi, desde Bolívar, San Martín O'Higgins a Bello y Montalvo, la galería es inagotable.

Sin desdeñar el subministro de informaciones y datos, ni el razonar científico y filosófico, la modesta sala de clase se convierte en un lugar donde se celebran liturgias humanas y donde se da consistencia al carácter alrededor de las ideas céntricas de deberes que cumplir y responsabilidades que asumir. Sobre todo—así queda de manifiesto con las reflexiones del aula—en las circunstancias difíciles, en los momentos de prueba, no hay otra brújula más segura para la voluntad que con

siderar claramente las responsabilidades que nos incumben.

El Liceo es también un centro de armonía social y de tolerancia. No se menosprecia al muchacho pobre o de condición humilde; tampoco goza de privilegio alguno el hijo de vecino opulento. Aquél recibe la ayuda y cooperación que éste no ha menester. No se hace de la fortuna legítimamente adquirida un motivo de vituperio. No busca pues su orientación el Liceo ni en un falso aristocratismo ni en un descarriado bolchevismo. Mide a sus alumnos con el cartabón de los valores intelectuales, morales y cívicos y los acostumbra a usar igualmente de esta medida para juzgar a los demás.

En el Liceo no se atacan las creencias religiosas y los colegios particulares son, por lo general, objeto de la mayor ecuanimidad de parte de las comisiones examinadoras que van a fiscalizarlos.

Los progresos de la enseñanza secundaria en el último medio siglo han sido bastante apreciables en la preparación del personal docente y administrativo, en los planes de estudio, en los programas y en la persecución del desarrollo integral de las facultades del educando. Algo se ha hecho también para mejorar los edificios, las instalaciones y el material de enseñanza.

Habría mucho que decir de reparos a menudo exagerados que se hacen a esta rama de la educación sobre el enciclopedismo que desperdiga los espíritus e impide su fecunda concentración, sobre que no prepara a los jóvenes para ganarse su existencia y los encamina sólo

a las profesiones liberales y a la empleomanía; pero no me corresponde en esta ocasión discurrir sobre tales problemas. He querido detenerme únicamente en puntos que el educador no puede descuidar cualquiera que sea la orientación que se dé a la enseñanza, puntos que tienen que ser la espina dorsal de toda vida, como son los que se refieren a la disciplina moral.

Me imagino un diálogo con mis discípulos al respecto:

—Y usted que viene de una lejanía de tantos años, ¿qué nos dice de lo que debe ser como una destilación dejada por el tiempo en su espíritu?—me preguntarían.

—Hay ciertos conceptos señeros que esencialmente no cambian. Los progresos técnicos parecen transformar por completo la faz del mundo, pero para el alma no son más que una especie de superestructura, como lo son las propias manifestaciones materiales de esos progresos sobre la constitución de nuestro planeta. Un hombre de ogaño va de Santiago a Buenos Aires en avión en cuatro horas en lugar de los dos, cuatro u ocho días que empleara el hombre de antaño en hacer idéntico viaje en tren o a lomo de mula. Aquel atiende sus asuntos en automóvil y no a caballo o a pie. Despacha su correspondencia en máquina de escribir y no con pluma de ave o de acero. Oye las vibraciones de la radio de todo el mundo y va al cine. Pero el hombre de ogaño tiene el deber de trabajar como el de antaño y más aún para poder aprovechar los adelantos que la técnica le ofrece. Tiene la obligación de usar su auto

para el bien y no para dar golpes de mano o raptar una muchacha. Tiene la obligación de emplear su máquina de escribir para decir la verdad y no para mentir o mandar anónimos. O sea, bajo los cambios exteriores, siguen corriendo para la nutrición del alma las mismas claras fuentes seculares que hablan del trabajo, de la veracidad, de la condenación de la mentira y de la honradez.

—Entonces si los principios morales son tan antiguos y claros, ¿por qué hay problemas?

—Los principios son antiguos, pero la tentación es siempre nueva ya se presente o no bajo el reclamo de inventos recientes. A su hora cada mujer es una Eva y cada hombre un Adán, con la diferencia respecto de la leyenda paradisiaca de que el diálogo suele empezarlo él y no ella. El amor, viejo como la vida, es una sinfonía enteramente nueva, cuyas resonancias llenan el ser que lo sienten de verdad. La ley del trabajo es tan antigua como la sociedad humana y la pereza nos acecha todos los días, tomando las más variadas formas, empleando los más sutiles sofismas, para tentarnos. La condenación del robo es tan añeja como el Decálogo y la tentación de apoderarse de lo ajeno, con su secuela de mentiras y de toda clase de perturbaciones es irresistible para algunos. De la moderación y templanza en los goces sensuales hablan las más remotas filosofías y muchos hombres no son más que una piltrafa a causa de sus excesos. Es cierto que un escritor ha dicho que la tentación se ha hecho para caer en ella; pero esta

no es más que una ingeniosidad literaria. Hay cosas que están en su lugar en la literatura y en el cine, pero ¡ay! del que, creyéndolas imagen de la vida y olvidándose de los principios que esas cosas suelen atropellar en la novela y en la pantalla, trata de aplicarlas a su realidad porque las consecuencias serán desastrosas. El hombre no puede substraerse a lo que aconsejan la disciplina y el dominio de sí mismo sin correr el riesgo de deshacer su integridad espiritual, de caer en los vicios que disuelven el carácter, de ser como el sobreviviente de su propio cadáver.

El rectorado tiene los relieves de una escuela de lealtad y de valor. De lealtad para con todos, para los jefes y los subalternos, para los de arriba y los de abajo. De valor en un sentido negativo para despreciar y no responder a ningún ataque injustificado o calumnioso; en un sentido positivo, para ser siempre justo y vivir en la verdad. Por supuesto que los rectores no van a pedir el privilegio de estas virtudes que deben ser el patrimonio de todos los hombres. Pero es menester además que en las relaciones de jefes y compañeros no falte nunca un blando latido cordial. Así lo he deseado siempre. Rectitud penetrada de afectos o afectos con base de rectitud; estas fórmulas que me parecen admirables para la vida podrían expresar cuál ha sido mi aspiración.

No pretendo de ninguna manera señalar normas con lo que he dicho. Mi distinguido sucesor en el Liceo me superará fácilmente en lo poco que he llevado a

cabo. Los profesores que me reemplacen me superarán también si es que no me han superado ya con las muestras que hayan dado de sus capacidades docentes. Los discípulos deberán superar a los maestros. Esta es una forma del progreso que tenemos que acatar y cuya realización debemos desear en bien del mejoramiento de la colectividad.

No he considerado jamás una manifestación que se me haya hecho como el pago de una deuda anterior, sino como un crédito que se me abriera sobre futuras actividades mías. Cuánto más en este caso dada la grandeza y espontaneidad de los actos que me habéis generosamente ofrecido, queridos amigos del profesorado y jóvenes estudiantes. Aquí me tenéis, pues, con el alma encendida de gratitud. Soy como un viajero que ha llegado al término de la mayor jornada de su vida y ahí se encuentra rodeado de almas amigas que le deparan instantes de la más perfecta felicidad que es posible alcanzar en la Tierra. Con la esencia de vuestros afectos ha cobrado nuevo brillo la lámpara del viajero alumbradora del camino, y siempre trabajando, luchando cuando las circunstancias lo requieran, sufriendo si es preciso, para ser digno de la aprobación que le habéis tributado, va el viajero a continuar una vez más la ruta sin apartarse de la línea recta ya trazada.